

# FRANCISCO J. BERMEJO: LA ÉTICA DEL TRABAJO SOCIAL

Por: **Nayib Abdala Ripoll**

**E**l autor, profesor de la materia en la Universidad Pontificia de Comillas de Madrid, ha aprendido mucho del escepticismo que ya desde los setentas mostraba Natalio Kisnerman acerca del provecho del estudio de los códigos de ética de la profesión. Kisnerman planteaba que más útil era propiciar un cambio de actitud en los futuros profesionales para que consideraran al cliente como una criatura igual a ellos y ansiosa como ellos, de crear un mundo solidario. Por eso, en vez de partir del estudio de la historia de los códigos como hace, por ejemplo el clásico de Laura Grazziosi: "Códigos de Ética del Servicio Social" (1978), el autor parte de una pregunta que él formulaba en la década de los ochentas en el ámbito anglosajón de un movimiento filosófico de reacción contra el universalismo contractualista y liberal de John Rawls que a veces es llamado: "comunitarismo" y a veces "neoaristotelismo". Dicha pregunta, tal como la formula Alasdair Macintyre en su obra: "Tras la Virtud" es esta: ¿Cuál es el bien intrínseco de esta "práctica"? es decir el Trabajo Social, como la agricultura y como el ajedrez, es un conjunto de practicas que tienen como móvil un bien específico que se manifiesta cuando el que ejerce la profesión se siente realizado, vive su vida y sus intervenciones profesionales a plenitud y no con la sensación de un fracaso o de no haber acertado en el blanco o de no haber alcanzado una meta. Es la misma sensación del ajedrecista que gana un torneo pero después de haber sido motivado por el gusto de jugar mismo y no por buscar dinero o fama, lo que fue fruto de un largo aprendizaje durante el cual imitó a los grandes maestros del ajedrez, sus grandes jugadas famosas y se sometió a una rigurosa disciplina y a la autoridad de sus entrenadores.

De manera parecida, para Macintyre, educarse para una profesión no es aprender un conjunto de "valores", "principios" y "normas", sino una práctica de ciertas virtudes, sin las cuales la persona no se transforma en profesional ni alcanza los bienes "intrínsecos" de su práctica, ni forma parte de la pequeña "comunidad" que conforman los profesionales activos y que busca su propio bien a través de las asociaciones que conforman.

Por eso la obra divide el estudio ético en tres dimensiones: la teleológica, que pregunta por la finalidad específica y el bien intrínseco de la profesión; la deontológica, que pregunta por los valores, principios y normas que ayudarán

a conseguir ese bien intrínseco y la pragmática que proporciona un “método” para resolver las situaciones de conflicto que no se pueden solucionar apelando a las normas, debido a que ellas entran en colisión.

Ahora bien su finalidad específica como profesión es promover una sociedad en la que cada grupo e individuo puedan vivir su condición humana a plenitud (p.61). En cuanto a los principios, hay unos generales que comparte con otras profesiones como Medicina (los principios de Beneficencia, Autonomía y Justicia, en cuyo estudio el autor se remite a la obra de Diego Gracia, discípulo del filósofo Xavier Zubiri) y otros específicos que hay que buscar en los Códigos de Ética profesionales, de los cuales ofrece el autor un valioso análisis y comentario (p.165 ss.). Finalmente ofrece pautas para resolver dilemas éticos con un gran esfuerzo de claridad y fundamentación. (p.175).

Se trata de una obra muy seria, ordenada, fundamentada y didáctica y, sin embargo, como el mismo autor reconoce algunas veces, da una sensación de abstracción y universalidad apabullantes, a pesar de que su punto de partida, el comunitarismo de Macintyre, presupone todo lo contrario. (En España, autores como Adela Cortina que siguen a Rawls y Habermas en su exposición de la Ética y por tanto, son universalistas, reconocen como muy útil para la ética profesional y para la ética, incluso, de una empresa el punto de partida de Macintyre, sobre todo en lo que se refiere a su descripción de como a la hora en que un grupo busque una meta común y emprenda un trabajo común para lograrla, todos son transformados por el bien común que andan buscando, de la misma manera que cuando gana un equipo de béisbol se enriquecen todos con los nuevos logros, de un modo espiritual, pues dejan, aunque sea por un momento, de convertirse en individuos y de la mera “coexistencia” pasan a la “convivencia”).

Dejemos como mera indicación para desarrollar posteriormente, la necesidad de plantear una nueva visión de la ética profesional en estos momentos en que una globalización mal entendida permite que un puñado de empresarios se apodere del mundo y que se aproveche de la persecución del “terrorismo” para extinguir a los defensores de los derechos humanos. Para esto se necesita partir más que del comunitarismo de la ética de la compasión, que mueve a ponerse del lado de las víctimas, siguiendo ideas de Schopenhauer, Horkheimer y en España, Reyes Mate.